

Medio siglo de historia agustino-recoleta: De la Revolución filipina (1898) hasta 1948¹

Por

RAFAEL LAZCANO GONZÁLEZ

Investigación archivística, exposición contextualizada y valoración crítica. Estas tres habilidades metodológicas, necesarias para el quehacer del historiador profesional, las encontramos sobradamente en la *Historia de los Agustinos Recoletos*, obra de Ángel Martínez Cuesta, proyectada en tres volúmenes y 35 capítulos en el conjunto de la obra. El primer volumen, publicado en 1995, abarca desde el monacato de San Agustín hasta finales del siglo XVIII; el segundo volumen, formado por más de mil páginas, vio la luz dos décadas más tarde y resume la historia recoleta del siglo XIX (véase mi reseña/presentación en *Recollectio* 39 (2016) 347-350); y el tercer volumen, en dos tomos, se ocupa de la Recolección en la vigésima centuria, primera y segunda mitad, respectivamente.

Tras la lectura completa, serena y reflexiva del primer tomo del tercer volumen, tarea llevada a cabo en tres días seguidos del mes de agosto de 2022, ofrezco al lector algunos aspectos que considero importantes. En primer lugar, me ha llamado la atención una vez más la maestría que posee el autor, suficientemente conocido entre los historiadores de la Iglesia y la amplia familia agustiniana, en el arte de contar la historia de una forma sencilla, accesible, rica en fechas, detalles, apreciaciones, anécdotas y datos

¹ MARTÍNEZ CUESTA, Ángel, *Historia de los Agustinos Recoletos: El siglo xx: 1898-1948*, III/1, Ed. Augustinus, Madrid 2021, 1028 pp., ilustr.

estadísticos, elementos todos ellos imprescindibles en la historiografía. El subtítulo del libro indica el periodo cronológico que ocupa el estudio: 1898, fecha de la Revolución filipina, y 1948, año en que la Orden de Agustinos Recoletos comienza su ramificación en nuevas provincias, si bien nos encontramos que el último capítulo, el xxx, titulado “Apostolado misional, 1914-2000” (pp. 759-1017), prolonga la historia incluso hasta el año 2014, y en el conjunto del libro hemos encontrado referencias hasta 2018 (p. 52).

La obra histórica que presentamos es muy extensa, prolija y documentada, con abundante información social, política, económica y religiosa. No escasean mapas, planos, fotografías e ilustraciones variadas. La obra en su conjunto está elaborada con documentación variada (actas capitulares y consejos, libro de consulta, inventarios, epistolarios, informes, memorias, relaciones, crónicas, etc.), alguna de ella publicada en revistas y monografías, pero mayormente es inédita, poco conocida y de difícil acceso. Cada uno de los siete capítulos (xxiv-xxx) que conforman este tomo, el autor ha conseguido transmitir al lector seguridad en la descripción, conocimiento exhaustivo de la materia de estudio, perspicacia a la hora de seleccionar hechos y acontecimientos, análisis ponderado de actitudes y mentalidades, programas, decisiones y acontecimientos varios que han ido marcando la identidad histórica, apostólica y carismática de los Agustinos Recoletos en las distintas provincias y demarcaciones geográficas a lo largo de la primera mitad del siglo xx.

Con el ánimo de motivar la lectura, estudio y consulta de esta obra, bien escrita, diseñada y preñada de contenido, ofrezco de modo abreviado algunos hitos relevantes, a modo de notas características de la historia de la Orden de Agustinos Recoletos en la primera mitad siglo xx:

La Recolección comenzó la vigésima centuria “desorientada y obligada a afrontar” cuatro graves cuestiones: a) campos apostólicos; b) legislación acorde a la nueva realidad; c) fortalecimiento del gobierno central; y d) fidelidad al carisma primitivo.

Antes de estallar la Revolución filipina (1898), cada religioso organiza “su agenda diaria con gran libertad, contrayendo hábitos difícilmente compatibles con la rígida vida claustral [de España (Marcilla, Monteagudo y San Millán)], sobre todo en materia de pobreza y obediencia, y habiendo relegado al olvido la disciplina conventual” (p. 378), motivos por los cuales se producen situaciones conflictivas graves tras la concentración de reco-

letos en los colegios de Marcilla y Monteagudo (1889 y 1902) (pp. 372-409). La Tabla 7 ofrece la lista de secularizaciones, expulsiones y reingresos (pp. 389-392).

Los recoletos se abrieron a la misión en América con el fin de “colocar parte de los 340 religiosos que tenía destacados en Filipinas” (p. 269; cifra que difiere con la ofrecida en la tabla 1 (p. 417), al indicar que en 1898 había 327 recoletos), poniéndose a disposición de los obispos y demás eclesiásticos en la predicación, administración de sacramentos, asistencia a enfermos y otras tareas pastorales. “Sin programas definidos, con pocos medios y sin apoyos políticos ni eclesiásticos” (p. 137) inician el apostolado parroquial en Panamá (11 de noviembre de 1898) (pp. 279-286), Trinidad (1899) (pp. 294-298), Venezuela (1899) (pp. 287-294) y Brasil (1899): Estados de Minas Gerais (pp. 299-307), Espíritu Santo (pp. 307-312), Pará (pp. 312-323), Ribeirão Preto (pp. 323-329), São Paulo (pp. 329-331) y Bahía (pp. 331-335).

La calidad de la vida religiosa en América proyecta una imagen difícil de calibrar debido a las circunstancias, no pocas veces, adversas, difíciles y problemáticas (pp. 339-355), y la actividad apostólica –predicación, confesionario, catequesis, introducción de nuevas devociones, misiones populares, etc.–, llevada a cabo de modo rutinario, tradicional y satisfactorio para aquellos tiempos (pp. 355-372).

Se aprecia un claro desinterés por las vocaciones autóctonas durante los primeros decenios. “Los superiores no acertaron a ver que la implantación y arraigo de la Orden en una región dependían de las vocaciones indígenas, y, por tanto, se mostraron reacios a afrontar los sacrificios económicos y administrativos que su promoción y educación conllevaba” [...] “Tampoco se prestó oídos a los repetidos llamamientos de los papas” (p. 39). A su vez, la formación inicial quedó desmantelada tras el estallido de la Revolución filipina (pp. 211-229), situación que fue mejorando con el paso de los años, como también sucedió al noviciado (pp. 235-234) y a los estudios eclesiásticos (pp. 235-242).

Nueva presencia en España -Granada (1899), Motril (1899), Puente la Reina (1899-1933), Sos (1902), Falces (1902-1905), Lucena (1903-1931), Sigüenza (1905-1911), Berlanga (1907-1919), Zaragoza (1906), Monachil (1912) y Ágreda (1914-1927) (pp. 395-409)-, y nuevo compromiso con la Iglesia filipina en labores apostólicas y de evangelización, con comienzos

humildes, difíciles y complejos a partir de 1901 en las provincias de Zambales, Misamis, Bohol, Mindoro, Negros Occidental, Negros Oriental, Romblón y Palawan (pp. 436-503).

La Santa Sede derogó en 1903 la norma constitucional vigente desde 1664 por la que se prohibía a los Agustinos Recoletos “el acceso a las universidades y la obtención de grados académicos” (p. 150). Este cambio supuso un impulso a la formación académica recoleta, con implicación directa no solo en lectores y estudiantes, sino en predicadores, confesores y escritores (pp. 235-242).

La quiebra económica de Shanghai (pp. 254-259, 608, 635-637), la deposición del provincial de San Nicolás –Fernando Mayandía–, las disensiones del consejo general y el enrarecimiento del clima de colaboración interprovincial dificultaron el gobierno de la Orden durante el sexenio del vicario general Enrique Pérez (1908-1914) (pp. 162-188).

La conciencia de identidad propia y el deseo de plena autonomía jurídica mantenidos durante centurias entre la mayoría de los Agustinos Recoletos de la Congregación de España e Indias, obtuvo respuesta favorable de la Santa Sede. Obtuvo el rango de Orden en el breve *Religiosas familias*, dado en Roma el 16 de septiembre de 1912 por el papa Pío X (pp. 190-200).

Los seis capítulos generales celebrados en el periodo histórico estudiado (1914, 1920, 1926, 1932, 1938, 1944) se propusieron, unos más que otros, cinco graves cuestiones: a) fortalecer el espíritu de la Orden; b) preservar y promover la observancia regular; c) ratificar el carácter apostólico de la Orden; d) actualizar las Constituciones (pp. 538-545), Ceremonial y Ritual (pp. 546-549); e) reformar el ciclo formativo (académico y espiritual) (pp. 565-596); d) fortalecer la economía de la curia general para no tener que “mendigar la ayuda de las provincias” (pp. 618-620), con prolongados años de precaria situación y escasas temporadas de bonanza, motivo que condujo al lento desarrollo de proyectos educativos, sociales y catequéticos (pp. 620-645). “En general, sentencia Martínez Cuesta, los capítulos no brillaron ni por su originalidad ni por su creatividad. Más bien, fueron asambleas encorsetadas, en las que casi todo estaba previsto..., de tendencia conservadora, reiterativos y faltos de aliento. Sorprende la escasa huella que dejaron en estos acontecimientos tan trágicos como las guerras de 1914-1918, 1936-1939 y 1939-1945. Solo aluden a ellas

al constatar la precariedad de las comunicaciones y la ausencia de algunos vocales, a quienes la guerra retenía en sus países” (p. 512).

Los priores generales –Fidel de Blas (1914-1918), Gregorio Segura (1920-1926), Vicente Soler (1926), Gerardo Larrondo (1927-1932), Jesús Fernández (1932-1938), Leoncio Reta (1938-1944) y Feliciano de Ocio (1944-1950)–, con sus respectivos consejos, se encargaron de ejecutar los programas capitulares con desigual grado de acierto (pp. 515-533). La sede del generalato estuvo en Madrid –calle Príncipe de Vergara–, hasta 1930, año de su traslado a Roma –Via Sistina– y desde la entrada de Italia en la II Guerra Mundial regresó a la sede madrileña, donde permaneció hasta 1949 (p. 534).

La Guerra civil española (1936-1939) produjo en los conventos relajación de la disciplina regular, inestabilidad de los estudios e infiltración de costumbres ajenas a la vida religiosa (pp. 74-76, 78-87).

De “complejos” y “funestos” califica Martínez Cuesta los efectos de la II Guerra Mundial en Filipinas: El convento de Cebú quedó inservible tras el incendio de 1942 (pp. 89, 104-105); la cervecería San Miguel fue incautada por los japoneses en febrero de 1942 (p. 89; otra información, p. 644); los religiosos vivieron tiempos de penalidades y privaciones (pp. 91-92); la seguridad de los misioneros siempre estuvo en peligro, agravándose en el tramo final de la guerra (pp. 93-110).

Vida religiosa (1915-1948): las comunidades, grosso modo, se esfuerzan por renovarse desde la práctica de la observancia: oración, ascesis y pobreza; “de la fraternidad, la libertad cristiana, la dignidad de las personas y otros valores humanos no se ocupan expresamente” (p. 606); los religiosos en misiones dieron muestra de laboriosidad, abnegación y celo apostólico (algunos nombres, pp. 1006-1007), si bien se aprecia un “excesivo parroquialismo”, brotes de individualismo, tensiones comunitarias, cicatería en los superiores a la hora de proveer misioneros y recursos económicos a la misión, lentitud en el diagnóstico de los problemas e improvisaciones precipitadas (pp. 597-618, 1005-1013).

Al comienzo del periodo 1915-1948 la Orden está presente en España; Colombia y Panamá (pp. 653-660); Filipinas (pp. 651-653); Brasil (pp. 666-676); Venezuela y Trinidad (pp. 661-666); Estados Unidos (pp. 676-688); Puerto Rico y Santo Domingo (pp. 688-898); Argentina (pp. 697-707); Gran Bretaña: Inglaterra (pp. 707-710); Perú (pp. 711-725); vicariato apos-

tólico de Casanare (Colombia) (pp. 761-782); prefecturas de Palawan (pp. 783-819), Lábrea (Brasil) (pp. 830-870), Marajó (Brasil) (pp. 870-904), y Tumaco (Colombia) (1928-1954) (pp. 918-943); prefectura-vicariato-diócesis de Kweiteh (China), y parroquias de Taiwán (pp. 905-918); prelaturas de Chota (Perú) (1963) (pp. 944-959), Bocas del Toro (Panamá) (1924) (pp. 959-984) y Ciudad Madera (Chihuahua, México) (1966-2004) (pp. 985-1005). En Italia y China mantuvo la Orden dos casas de carácter administrativo, Roma y Shanghái, respectivamente.

La presencia de la Orden en América y Asia discurrió por los cauces del ejercicio del ministerio pastoral (predicación, confesionario, catequesis, culto y asociaciones religiosos, prensa y radio, atención a los hispanos en Estados Unidos y a los leprosos en Venezuela), en parroquias rurales, urbanas y territorios misionales (pp. 725-758). En España las casas están dedicadas a labores formativas, administrativas (Madrid y Zaragoza, con capilla pública) y de apostolado (Granada, Motril, Lucena y Puente la Reina). En este periodo llegaron nuevas fundaciones: Cinco seminarios –Villaviciosa (1919), Artieda (1920), Tauste (1923), Lodosa (1925), San Sebastián (1927)–; dos casas para la actividad pastoral –Barcelona (1925-1931), Bilbao (1927-1941)–; dos residencias, Oviedo (1942-1947) y Turón (1943-1948), destinadas a la atención de las monjas recoletas de la capital asturiana y las capellanías de dos colegios de la Compañía Hulleras del Turón; la comunidad de Chiclana (1948) se ocupa de su iglesia, la atención de varias capellanías de monjas y la iglesia de Sancti Petri [dice “Santi Petri”, p. 650]; y dos casas abiertas por la provincia de La Candelaria en España: Pamplona (1948) –sede del vicario provincial– y Badalona (1948), fundación que nació con elevadas esperanzas pastorales y educativas (pp. 647-651).

Aunque no corresponde al periodo histórico del libro, dada su importancia eclesial y recoleta, señalamos que nueve agustinos recoletos participaron en el concilio Vaticano II (1962-1965), ocho obispos de los nueve con que contaba en aquel entonces la Orden, y Jenaro Fernández, quien tuvo la actuación más destacada al ser nombrado consultor de la comisión de Obispos (26 de julio de 1960), perito del Concilio (primeros de octubre de 1962) y miembro de la comisión de Obispos (noviembre de 1962) (p. 126).

De algún interés científico nos parece informar que desde junio de 1903 hasta finales del siglo XX la comunidad recoleta contaba con un ob-

servatorio meteorológico instalado por el Estado de São Paulo en la huerta del convento de Ribeirão, cuyos datos pasaba al Gobierno el recoleto Santos Ramírez y luego la comunidad conventual (p. 327).

Salud, ocio y bienestar: No faltaron agustinos recoletos, principalmente superiores y lectores, que asistieran en los años 1920 y 1930 a los baños terapéuticos de Alzola, Arnedillo, Belascoain, Cestona, Fitero, Jaraba, y Sobrón, entre otros (p. 601).

El libro carece de yerros y defectos; tan solo he encontrado, por así decir, un lapsus y algunos olvidos. En la Bibliografía (pp. 11-26), presentada por orden alfabético, página 15, aparece: *Libro de definitorios generales 1901-2000*: 7 vols. (ms. en AGOAR), si bien su lugar correcto es la página 19, antes de *Libro de órdenes ...* Los olvidos se refieren a la carencia de la Fuente usada en los datos que recogen varias tablas, algunas de ellas, ciertamente, de elaboración propia, pero en la mayoría de casos, las fuentes, a buen seguro, proceden de documentación archivística. Para facilitar la labor al autor, de cara a la segunda edición de este tomo, que espero y deseo se realice en los próximos años, señalo las tablas que carecen de Fuente: Capítulo xxiv: Tablas 1 (p. 38), 2 (p. 44), 3 (p. 48), y 7 (p. 60); capítulo xxv: Tablas 5 (p. 247); capítulo xxvi: Tablas 1 (p. 298), 3 (p. 377), 5, 6 y 7 (pp. 388-392), 8 (p. 394), y 9 (p. 409); capítulo xxvii: Tablas 6 (p. 475), 7 (p. 486) y 11 (p. 503); capítulo xxviii: Tablas 2 (p. 570), 5 y 6 (pp. 622-623), y 7 (p. 627); capítulo xxix: Tablas 1 (p. 653), 2 (p. 660), 3 (p. 666), 4 y 5 (pp. 674-676), 6 (p. 688), 7 y 8 (p. 696), 9 (p. 707), y 10 (p. 723); capítulo xxx: Tablas 1 y 2 (p. 760), 3 y 4 (p. 782), 7 (p. 809), 9 (p. 840), 10 (p. 874), 11 (p. 877), 12 y 13 (p. 912), se repite el número 13 (p. 934), y también sin información de la Fuente, 14 (p. 949), 15 (p. 965) 16 (p. 973), 17 (p. 984), 19 (p. 993), 20 (pp. 1002-10039), 21 (p. 1005). Se echa de menos los índices habituales en obras de este calado, pero que a buen seguro aparecerán de modo conjunto con el segundo tomo de este tercer volumen.

Si de excelente, pormenorizada y valiente puede calificarse la investigación realizada por Ángel Martínez Cuesta, y de sobrios, precisos y sugerentes los resultados conseguidos después del riguroso, metódico y crítico análisis de innumerables fuentes manuscritas e impresas, no menores resultan los caminos y perspectivas que deja entrever este volumen a los estudiosos e investigadores futuros. A ellos se deberá añadir otros aspectos importantes, como la arquitectura conventual (conventos, resi-

dencias, iglesias, etc.), los cánones y valores estéticos según épocas, países y funciones del inmueble, el patrimonio histórico-artístico-cultural de la Orden (pintura, escultura, bibliotecas, archivos, museos, etc.). Obra básica e imprescindible, con sello del rigor científico y análisis certeros en cada uno de los capítulos. Estos no parecen superfluos o arbitrarios, sino apropiados y necesarios en aras a la articulación de aquellos aspectos, cuestiones y problemáticas que desemboquen en el conocimiento real y objetivo de la historia de los Agustinos Recoletos en la primera parte del siglo xx.

En síntesis: La Orden de Agustinos Recoletos, eminentemente apostólica y misionera, ha desplegado su rica e interesante trayectoria histórica, tanto en el quehacer ministerial como en la vida religiosa. El autor de esta obra, Ángel Martínez Cuesta, expone con amplitud y precisión aquellos aspectos molares de la vida y acción de los Agustinos Recoletos, centrandó su análisis principalmente desde la perspectiva que ofrece la documentación de cuatro vertientes históricas como son las directrices de gobierno, la economía, la formación académica y los recios vaivenes sociopolíticos de los países en los que se ha visto supeditada la presencia de los Agustinos Recoletos.